

S. XVIII
784

S. XVIII
784

CONVERSACION PRIMERA,

DE DOS QUE TUVIERON SOBRE UNOS PAPELES IMPRESOS
INTITULADOS: *APISOS Y MAZAS* UN MAESTRO DE
CAPILLA DE ESTA CIUDAD, Y UN SUGETO CUYO NOM-
BRE NADA IMPORTA QUE SE DIGA Ó SE CALLE.

Valgame Dios! me decía yo á mi mismo sentado á mi
mesita, uno de estos dias pasados despues de haber dor-
mido un poco la siesta: ¡Valgame Dios! ¡que siempre ma-
han de dar en que pensar y discutir esos viejos, ran-
cios, y mas que rancios, ranciosos de Autores! Y fué la
causa haber tomado en la mano un librito * de los pocos,
y aun poquísimos que tengo, precioso á la verdad, pero
que por roto y mal encuadernado pude aquella misma
mañana comprar por poco dinero. Y como le fuese pasan-
do por ser la hora que era, antes hojeando que leyendo,
dí luego en un pasage, adonde me fué preciso hacer alto
por darme, como he dicho, á discurrir qué me quaria
decir el Señor Plinio; porque decía el que allí en su tiem-
po toda la Iliada de Homero pudo caber y encerrarse en
el pequeño hueco de una cáscara de nuez. Si lo dixo, me
decía yo, por lo menudo de la letra, qué granitos de ara-
ña, ni qué ojos de mosquitos, ni aun átomos del ayre pu-
dieran compararse con ella. Pero qué tal fuera que me
hubiera querido decir con esto, que así como de un gra-
no tamaño, y que facilmente se nos pierde entre los de-
dos, la fecunda y fértil tierra produce y saca fuera de sí
esos robustos y levantados árboles que por esos campos
á cada paso vemos, ¡bendito sea Dios! así ni mas ni me-

* Matamoros, de math. conc.



nos el grande Homero de una proposicion de suyo muy sencilla supo con su maravilloso ingenio formar y sacar á luz esa su obra de la Iliada que ha sido, es, y será la primera maravilla, y aun la mayor del ingenio humano; y no será mucho, proseguia, que sea así como lo pienso, pues yo sé bien que de las infinitables Oraciones de Ciceron se viene á decir otro tanto, y para mayor gusto mio lo dice un Español *, y un gran Maestro para que le crea sobre su palabra, cosa que alcanzan de mi bien pocos: en efecto, él me dice que ellas no son mas de un pequeño silogismo. Con esto iba á levantarme por leerlo en el mismo Plinio que no tenía allí á mano, quando veis aquí que á deshora entra un mi Sobrinito diciéndome que D. N. Maestro de Música, y famoso, esperaba mi permiso para hablarme. Muchacho, le dije, ¿es Maestro de Música, ó de Capilla? que algo va de lo uno á lo otro. No sé de jeso, me respondió, lo que si sé, y puedo decir es que anda como principal con los Músicos de tal Capilla (y nombrola) los quales le alaban todos á qual mas, y suben por las nubes. Si será, le dije entonces, este el Autor ó diablo de unos disparates que han salido con el nombre ó titulo de *Avinos*; anda y dile que entro, que con mas ansia estoy de saberlo de lo que pienso. Entró, saludámonos, y sentóse: mirábele yo atentamente á la cara y pecho: saqué mi caja, y le di un polvo, pero siempre con el ojo alerta, de suerte, que yo vi y noté el modo como lo tomó, como llevó la mano á la nariz, como la detuvo á las ventanas ó puertas, y que alargando un sí es no es las puntas de los dedos hasta ponerlos á si tocan ó no tocan, acudió el ayre, y tomando del polvo en bien pequeña cantidad, lo metió hacia dentro sin el menor ruido, ni hacer trompetilla de

* El Guzman, en sus *Concitos de eloq.*

la nariz. Yo que lo vi, llevado de este genio que me ha dado naturaleza, que por mas que uno quiera irle á la mano, dice Horacio, y dice muy bien, que *redit ad se*, que es como si nos dixera, que hace de las suyas, levantándose en pie, y dando un gran grito, ¡gracias á Dios! le dije, á Dios gracias: Vm. amigo, acaba de librarme de un muy grave susto. Como Vm. es Músico, Maestro en su profesion, y segun he oido gran Maestro, llegué á temer no fuera Vm. ese desventurado, que así le quiero llamar, en cuyo cuerpo, por no decir alma, se le metió no ha mucho el diablo, haciéndole concebir ese monstruo que nos ha salido con veinte y seis cabezas seisimas todas, que así Dios me ayude, como tal me ha parecido ese papsion con sus veinte y seis Avisos. Y cierto que quisiera saber qué intento era el suyo, digo el del tal basilisco, porque si fué, á lo que parece, arrancar el verde ramo de laurel de las sienes de jazmin.... de.... ya Vm. me entiende, trabajo le mandaba yo al envidioso, porque por uno que él le quitara, otros acudirian á coronarle con ciento, y á fe mia que no fuera yo de los postreros, que allí iria volando con mi ramo, y le dixerá: goza, prodigioso jóven, de este laurel que tú tanto mereces, y yo con tan buena voluntad te ofrezco, pues en la flor de tus tan tiernos y aun hermosos años así sabes suspender las almas de quantos te oyen en esas obras, regalados y sazonados frutos que mejores que ellos no los probaron los tan delicados y decantados Griegos. Por vida de.... Aquí me detuve por haberme parecido que á mi Maestro se le mudó la color del rostro; y volviendo á cobrar mi villa proseguí diciendo: quanto hasta aquí he dicho, Señor mio, no ha sido sino por desahogar mi pecho, aliviándolo de la pesada carga del justo enojo que en el represado tengo contra ese endiablado Maestro. Así, Vm. me diga ahora á lo que viene, que se le ser-

virá con pronta voluntad y bonísimo ánimo. Mal podré yo esperar, me respondió, todavía sin color en el rostro, y con no poco turbada lengua, que Vm. me sirva, si le digo como es preciso que le diga que yo soy ese como Vm. le llama endiablado Maestro. ¡Jesus me valga! dixe yo entonces: ¿Y es posible?... ¿Con qué Vm. es?... ¿Pues qué ha sido de vuestro bigote y vengra? digo de ese tabacazo que os pone tan zafio y asqueroso como dice el de las Mazas? Pero puesto que Vm. dice que lo es, amigo, lo dicho dicho. Vm. ya sabe cómo juzgo de sus Avisos, y yo soy hombre que en las ocasiones y preguntado oso decir y digo lo que siento libremente sin que autoridades ni respetos humanos me acobarden. Si Vm. hubiera escrito bien, le alabara; pero habiéndolo hecho tan mal, no quiera saber más, si ya no quiere oírse verdades que le amarguen. Pero ¿no me dirá una cosa; antes que se me despida para no volverme á ver jamás según yo pienso? dígame por su vida ¿qué le movió á dar esos Avisos? desterrar, me respondió, de la Casa de Dios una Música mole, afeminada, torpe, lasciva y por fin endiablada. ¡Caso extraño! exclamé al oírlo. Con que según esto, un diablo empujaba y daba de coces á otro diablo. Quiero decir, Señor Maestro (y perdone que así le hable), que el diablo que le dió esos Avisos quiso sacar de la Iglesia á esotro diablo de Música. Vaya, ahora digo que entre los diablos hay unos mas escrupulosos que otros. Pero ¿eso tenemos? Música de diablo, ó diablo de Música en la Casa de Dios? He aquí como decía bien Anaxilas * ya allá en su tiempo, que la Música es como la Libia, que todos los años engendra fieras diferentes. ¡Y qué fieras, Maestro, qué fieras ésta si es así como Vm. dice! ¿Cómo si lo es! me respondió, y el decir esto, y saltar

* Salas, Ilustrac. de la Poet. de Arist.

le de los ojos algunas lágrimas todo fué á un tiempo. Sacó su pañuelo, y en tanto que se enxugaba sus llorosos ojos sin hablarme mas palabra, me lo estaba yo contentando, y diciendome á mis solas: ¡vivo Dios! que estas lágrimas me han vencido: sin duda que algun Angel me ha traído aquí este hombre para que sirva á mi Dios en algo, ya que tanto le debo. ¡Cómo! ¿y es posible que se ha introducido en la Iglesia de Dios la Música de Satánitas? ¡y que esto se sufra, y aun tal vez, tal vez se celebre y aplauda! Vaya, Maestro, le dixe, buen ánimo; no es esta materia para dexarla; grite Vm. grite y clame sin cesar contra un abuso tan sacrilego, pero que sea, y mire que se le aconseje con mas amor del que Vm. piensa, que sea digo mostrándose enemigo irreconciliable del vicio, pero al mismo tiempo verdadero amigo y apreciador de las personas, porque ¿qué mayor inhumanidad, exclama San Juan Chrisóstomo, que despedazarnos unos á otros! eso ya no es, prosigue, contentarnos con comer de las carnes de los animales, sino comer las carnes de los hombres. ¿Qué le parece á Vm? no lo dice bien el Santo? vaya, venga esa mano y seamos amigos; y cómo que lo hemos de ser! de día y de noche, y á todas horas me tendrá Vm. pronto y dispuesto á servirle en una causa tan justa como ésta. ¡Profanarse así la Casa de Dios! ¿pues había yo de callar, si ya supiese que por ello me habian de cortar la lengua? aun despues de cortada había de hacer cosas, que mostrasen mi justa indignacion, y santo enojo. ¿Qué me dice Vm? ¿qué me responde?

Impaciente estaba esperando la respuesta, y viendo que se tardaba, jesi Vm., le dixe, por ventura acobardado? ¿Pues no me dixo, si me han molido? ¿Quién le pregunta. ¡O! pues no ha visto Vm., me dixo, esas Mazas? Las he visto, le respondi, y las he tenido en



mis manos, y mirado y remitido, y aun reido viendo como estiraba el hombre el brazo, y lo alargaba para clavarlo á mi alguna ó algunas de ellas, á mí: si Señor, á mí, ¿lo extraña Vm? Pero él no sabe que me tengo yo acá para ese género de cositas, vaciedades, ó nonadas una receta que me hace mucho al caso. Tómela ya ha mucho tiempo de Molier, aquel tan celebrado y dignísimo mánente celebrado Poeta de la Francia, y cómo á amigo que lo es Vm. ya mío, se la quiero dar para que se aproveche de ella como yo en las ocasiones. Decia Molier que esta mala casta de escritos se han de tomar como las píldoras, tragándolas sin mascar. ¿Qué tal? ¿temeremos ya en adelante, si bien viéremos venir sobre nosotros el mismo Caballo de Troya? Con todo eso, me dixo, yo por mí digo que no me atrevo: pues yo por mí digo, le dixe fingiéndome enfadado, que se vaya Vm. con Dios, y muy enhorabuena, y llévase sabido que le tengo y tendré por un Zefri. Poco á poco, me dixo algo picado el hombre, ¿qué es eso de Zefri? que por vida mía que no lo entiendo, y me suena muy mal. Y muy breve y claritamente que se lo dije, le dixe: estése atento. Habia un Moro de este nombre en tiempo del siempre y nunca bastantemente alabado el Cardenal Cisneros: era noble entre los suyos como el que mas, de grandes fuerzas, y en quanto á su dañada secta muy pertinaz. Decia él que por línea recta descendía nada menos que de aqual nobilísimo y celebrado Abenamar, y llamaba celebrado porque en efecto lo era en muchas copias que de él se cantaban. De sus fuerzas no digo mas, sino que las osó probar con las de aquel insigne Capitan Gonzalo Fernandez, y sin en memoria por sí de qué bizarría caballeresca que con él usó en ese lance nuestro Capitan, quiso ya el bautismo ver llamado de su nombre, y así se llamó en adelante Gonzalo Fernandez Zefri. Pues Moro, ¿ralo tan

de corazon, que rabiaba al ver que muchos de los suyos se hacian Christianos, y en los corrillos no cesaba de apocallos, tenerlos en poco, y vilipendiarlos, con lo qual hacia no poco daño en la conversion de los demas. Supolo el Cardenal, y movido de aquel su santo zelo llamó un dia á un tal Pedro Leon, otro de sus Familiares, y dixole: menester será, Leon, que os encargueis de Zefri, y veais el modo de hacerle Christiano. Hizolo así Leon, y se dió tan buena maña en el negocio que á muy pocos dias ya llamaba el Zefri que queria ser Christiano, y que lo pusiesen ante el Cardenal. Hasta aquí, Señor Maestro, nada tenemos de particular, pero tenga Vm. paciencia por Dios, y présteme atencion, que luego saldrá.

Atado de pies y manos fué conducido el Zefri á la presencia del Cardenal, que á la sazón se hallaba con algunos de sus Familiares, y aun de otros muchos que no lo eran, y acudieron sin duda atraídos de la novedad. Hallábase tambien allí Pedro Leon, que el amor que le habia cobrado á su reciénconvertido, no le dexaba apartar un punto de su lado. Puesto ante el Cardenal le habló el Zefri de esta manera: bien será, Señor, que viniendo como vengo á decirlo como quiero ser Christiano, mandeis que se me quiten estas ligaduras con que estoy atado de pies y manos, para que nunca se diga que han tenido mas parte en mi conversion la pena y el castigo que la pureza y santidad de vuestra Ley. Mandólo al punto el Cardenal: entonces el Zefri se hincó de rodillas, besó la tierra, y luego su misma mano á usanza de los suyos, que la han tomado de la Gentilidad. Hecho esto, dixo: esta noche Alá me ha dicho que me haga Christiano: dixo, y se quedó sepultado en un profundo silencio, acompañándole en él todos los circunstantes, volviéndose unas veces á mirar al Cardenal, y

otras clavando los curiosos ojos en el Zefri, el qual á poco rato recordando de un embelesamiento, y haciendo salir á sus labios una ligera pero graciosa sonrisa, yo para qué me canso, dixo, en buscar las razones ó motivos que he tenido para convertirme, si todo este milagro se le debe (y decia esto apretando los dientes, y mordiendo los labios) se le debe al palo puesto en manos de este Leon, señalando á Pedro, que me ha hundido todas las costillas. Y este es el cuento, Señor Maestro, que á fe mia ya no hay para que pasar adelante, porque en llegando á los palos, se concluye todo como remate de entremés. ¿Pero confíeseme la verdad, no haré bien en tenerle á Vm. por un Zefri? Que se acobarde un perro Moro, pase, pero que así se acobarde un tan gran Maestro como Vm. y que tanto siente el desacato que se hace en la Casa de Dios, que aquí á mi presencia le he visto derramar lágrimas de dolor, ¡y que se me acobarde por quatro Mazas, ó Mazos! ¡voto á.... Iba á pasar adelante, y cargarle mas la mano, quando el Maestro me cortó la palabra, y me detuvo en lo mas ardiente de mi enojo diciéndome, que se me entregaba y rendia á mi discrecion. Pues manos á la obra, le dije entonces, y sáqueme esos malos Avisos de Vm. y peores Mazas de esotro si es que lo trae, que quiero ponerlos aquí á la par, y ver si de entre tanta escoria, ó inmundicia como en ellas y en ellos hay, puedo entresacar alguna cosa de utilidad en que hablemos un rato. Sacóme un grueso legajo de papeles parte de ellos impresos, y parte manuscritos: eran los impresos los *Avisos* y *Mazas*, y preguntándole qué cosa era el manuscrito, fué la respuesta ponerme en la mano. No lei mas del título que decia: *Recuerdos mas que de marca que en la Música ha conuila un Autor moderno, el.....* aquí se seguia el nombre. No quise leer mas, y poniéndole aparte le dije: Señor Ma-

tro, á ese Autor le soy muy apasionado porque lo merece por haber sacado á luz una Obra que le acredita mucho: guárdese Vm. ese manuscrito que á su tiempo se verá, y se escardará de alguna y mas que alguna rusticidad que segun está el titullito, me parece que tiene. Pues á eso venia, me dixo: pues no, le dixe, no ha de ser así, que primero es Dios que quanto hay en el mundo. Veamos estos Avisos: bien. ¿Y las Mazas? aquí están: enhorabuena. Pues ahora como que hemos concluido el primer acto, para entrar en el segundo descansenos un poco, y probemos de lo fresco: ahí va la caja: tomamos nuestro polvo, y en el entretanto mi buen Maestro repantando en mi aposentillo, ahí dixo, qué lastima que no sea un poco mayor! para qué, le dixe, si á mi éste me basta. Sabe Vm. que decia un Santo Padre, proseguí, que *domus edificantur ut habitemus, non ut superbiamus*. Quanto y mas que Valenciano ha habido á quien yo no merecia descalzarle los zapatos, que estando en Madrid vivia en un tabuquito tal y tan corto, que el pobrecito necesitado por sus achaques de dar sus pasos despues de cenar, tenia que darlos dando vueltas al rededor como paxaro en jaula. ¿Y quién fue ese? me preguntó. ¿Quién ha de ser? le dije, nuestro inmortal Vives. ¡Jesus, exclamó, y qué pobreza! mucha, le dixe, no hay mas sino que vivia de limosna, y ni siquiera tenia silla donde sentarse, como él mismo le dice en una de sus Cartas. ¿Pero qué importa? si de todo acababa muchos bienes espirituales aquella alma generosa. ¿Qué reflexiones tan santas no hacia sobre su triste situacion! ¡Vives, Vives, y por quantos títulos es digno de mi memoria! Pero, Maestro, dexémonos por ahora de estas consideraciones, sino cargue Vm. con esas Mazas, y yo con sus Avisos, y sigamos, si le parece, esta segunda jornada que nos resta. Que me place, dixo el Maestro.

[10]
 pero á este punto, oyó las tres y media, y tuvo que dexar las Mazas que ya tenía asidas con entrambas manos, diciendo que á las quatro debía estar con su Capilla en la devota Iglesia de nuestra Señora del Cámen: fuese quedando que al otro día volverla: y con esto ya volví á mi tema de apurar la cáscara de nuez, pero no sin mucha ansia de que viniese el día siguiente, y la hora que dexamos concertada.

CONVERSACION SEGUNDA.

Vino en efecto, Lector carísimo, al otro día y á la hora señalada mi buen Maestro, y como le estaba yo esperando con mucha ansia, díxele en entrando: espero, amigo mío, que hemos de hacer hoy mejor jornada que ayer según las ganas que Vm. trae, á lo ménos á mí me lo parece, de emprenderlas. Si traygo, me respondió, pero de emprenderle y andarmela yo solito. Pues por ventura, le dije, tan mala compañía os haga? ¿ó es que se ha mudado el viento? Y tanto como se ha mudado, á lo ménos me he mudado yo, que es lo que á mí me importa. De modo, le dije, ¿qué ya no sois el mismo que erais ayer? ¿Cómo el mismo? me replicó muy encolerizado vergüenza tengo de lo que fui: hombre cobardo y para poco. Ya esa cobardía la echó Vm. ayer, le dije, gracias á Dios, y á mi buena diligencia. Es que hoy, me dijo, otra cosa mas así para Vm. como para el de las Mazas, porque ayer, Señor mío, me trató Vm. de mal Padre de un muy mal hijo, diciéndome que mi papel de Aviso le semejaba un monstruo con veinte y seis cabezas, todas feisísimas; y yo no sé como eso pueda ser, porque siendo la verdad hija de Dios, y diciéndola yo en mis Avisos desde el primero hasta el último, y estando pronto y ap-

[11]
 rejado para meterla por los ojos aun de aquellos que se hagan mas fuerza para cerrarlos, no deben parecer sino muy hermosos á quantos sin pasión alguna los miran. Pues qué le diré de ese alquilon de Escritor que no parece sino que alquila sus Mazas como paon de Albalil, ó... adelante, Maestro, le dije viendo que se detenía, que como soy que le oigo con gusto, y él haciéndolo así prosiguló: bien habrá Vm. visto alguna vez alguno, ó algunos de estos que sin saberlo se precian por ahí de valientes, los quales no bien han acabado de abrir la boca, quando ya tienen la mano puesta en la espada; pues ni mas ni ménos es este Alifanfarron, que no habla, ni sabe hablar sin meter mano á sus Mazas. Pues diga yo ahora si á puños y maldos va, mis manos y puños tengo yo que las sabrán manejar como Su Merced del Señor Maza y y... Y ya ve Vm. aquí la razon que tengo para querer hacer esta jornada como le dije, sola y sin que ni Vm. ni nadie de este mundo me acompañe. Si, Señor, dexemelo Vm. á mí, que me las tomaré con el brazo á brazo y cuerpo á cuerpo. ¿No ve Vm. por vida mia qué lo que él ha hecho, como el mismo lo dice, y dica muy bien, es cosa que hacen los niños por Comendadas? Pues fuera ropa, y envistámonos, y démonos: y aquí á presencia de Vm. ha de ser la fiesta, sin mas que estarse Vm. mirando, y ver al fin quién lleva el gato al agua. ¿Que me dice? que no espero sino la señal de acometer, y asirme de él. Pues así, le dije, y á ello: ¿y qué había de hacer, Lector mío? Y no bien me oya el sea quando ya le vi con las Mazas en la mano, y dijo:

CONTEXTACION.

¿Qué es esto de Contextacion? le dije: es, me respondió, la primera palabra que sirve de primer título á Papalou.



Pues Vm. Señor mío, vuelva á dexar sus Mazas sobre la mesa, y escarmentado en cabezas agens santiguense, que por no haberse santiguado este infeliz, al primer paso, ya cayó. Hizolo así, y tomándolas otra vez dixo:

MAZA I. II. Y III.

Leyómelas y dixo, ya estamos asidos de las greñas: á ver quién vence. Aquí dice que al *bien imitar llamo zueiro* á su tiempo se verá; y sin mas, pasóse á la

MAZA IV.

Leyómelas, y díxelo, si Vm. Señor Maestro, me dá licencia para hablar, estimaré que la lea otra vez: diómelas, y empezó á leer: *El Maestro debe buscar un buen Poeta (buena empresa)... párese ahí, mi Maestro, y yo asiendo que es mas de lo que él piensa, adelante... no todas las que se llaman Poetas, lo son en realidad... dice muy bien, como ni todos los que se tienen por Poetas, lo son en realidad... haria muy mal el Maestro que malograra su tiempo en coplas propias solamente para cantarse por un ciego á la puerta de una barraca. Mas... tengase Vm. ahí: coplitas se oyen en bocas de ciegos, que ya, ya quisiera el de las Mazas ser su Autor... Mas como esta sea especie desconocida de aquellos, para cuyo grosero paladar son lo mismo zanahorias de Benimaclet, que alubias de Génova... punto ahí; porque no me gustan las zanahorias, digo lo que digo... falta ex tripode al Maestro de los dotes que el detenerse en estas filigranas no es mas que acortar ó alargar algunas pías, y quizá versos enteros... Qué dice Vm. á eso, Maestro? Que yo me entiendo, y Dios me entiende, y aun al del mundo cuño me ha entendido. Pues adelante, Maestro... Pero es ya habilidad de anafio en este buen Señor dalar despierto, y ver lucillas al medio día... Digo que de esos que tiene por delirios, nunca*

jamas, ni por pensamiento, he tenido el ridículo deseo de su inútil aprobacion; esto es lo uno, y lo otro, que la he tenido de palabra, y por escrito de muchos de dentro y fuera la Ciudad que sin duda ninguna pueden ser Maestros de Su Merced y mios. ¿Hay mas? Y fué la respuesta:

MAZA V.

Y prosiguió diciendo, aquí me advierte como de paso que no debia haber contado el Zorombo entre el Rondo, Cavatina, Tirana, Bolero y Polaca. ¿Y qué hay sobre eso? le pregunté. Que se engaña, me respondió, porque la Tirana por exemplo se llama así porque en la letra se dice: *¡Ay! tirana, tirana*, y el Zorombo zorombo porque se dice: *¡Ay! zorombo, zorombo* con el mismo ayre de canto; sin mas diferencia que aquella solo se canta, y ésta como tambien el bolero se cantan y baylan. ¿Eso hay? pues buen tiron de greña que les haga cantar y baylar á un mismo tiempo. ¿Y se descubre por ahí algun otro pecadillo? y pecadote, me respondió. Oyga Vm. lo que dice: *Aun cuando* (el Maestro) *de Rondo, Cavatina, Bolero, no falta á ningún decreto de Concilio general, ni á las Regalias de Su Magestad, hacer lo que le dá la gana, como qualquier hijo de vecina, y allí me las den todas.* Y muy bien que ha dicho Vm. Maestro, le díxo, porque en verdad que eso no es ya un pecadillo de más ó menos, sino un gran pecadote. ¡O! ¿con que el su Maestro hace lo que le dá la gana, y allí me las den todas? Con que en esto no falta á ningún decreto de Concilio general, ni á las Regalias de Su Magestad? Pues yo le digo que sí, y dígelo porque le sé. Pues ¿qué no hay mas que en una materia como esta disparar ó disparar á ojos cerrados? Tengamelo bien, Maestro, tengamelo bien asido, que no se le escape, que por vida mia que nos la ha de pagar. Ah

se, Maestro, prosiguió, el Santo y general Concilio de Trento en la Sesión XXII. encargó á los Señores Obispos que tengan una cuidadosa de que ni los Organistas toquen, ni los Cantores canten ningún género de Música, que mine á toda la sagrada impura. Esto encargó el Santo Concilio, y ya con esto pudieron sossegarse los ánimos de muchos de aquellos zelosísimos Padres, los cuales como ya de mucho tiempo lloraban el abuso sacrilego que se hacía de la Música en los Templos, no desistían sino en esta ocasión de volver por el honor de la Casa de Dios; y para ponerle á salvo de todo riesgo pensaban en desterrarla enteramente, y que no hubiese más Música en adelante, hasta que las muchas y prudentes reflexiones que les hicieron los Prelados Españoles, pudieron reducirlos á que la permitiesen, pero con tal que fuese toda pura, honesta y santa, y que los Señores Obispos fuesen por fadores y como garantes de su pureza y santidad. ¡Ay esclavizados Obispos y Teólogos sapientísimos de mi amada España, hablando así esta que digo, vuestra santa intención, quién habéis de temer que andando los tiempos había de salir un arrejado Español, que ó por ignorancia ó malicia osase escribir y estampar que no hay ningún decreto de Concilio general que prohiba los Rondos y Tiranas en la Casa de Dios! Y viniendo ahora á lo otro que nos dice que no es contra ninguna de las Regalias de Su Magestad, sentado y dado por cierto como lo es, el tal decreto del Santo Concilio, no sé como eso se pueda afirmar de nuestros augustos y soberanos Monarcas, quando puntualmente la Regalia de que más se han preciado siempre, y se precian como los Católicos y pios, es de ser perpetuos protectores de quanto ha establecido este Santo Concilio: y por qué otra razón prohibió el grande y prudente Felipe Segundo que no se cantasen Villancicos en su Real Capilla?

Pues si dexando esta me pusiera yo á hablar de lo que han establecido acerca de lo mismo los Concilios particulares, asegúroos, Maestro, que sería nunca acabar. Algun día, si es que Vm. gusta de honrar esta mi pobre casa otra vez, he de hacer que por sus mismos ojos lo vea en Fleury y otros Historisadores. Allí verá como en alguno de ellos, digo, de los Concilios particulares, se prohibe tocar hasta el Organó mientras el Canon sagrado de la Misa para que el pueblo fiel en profundo y devoto silencio adore un misterio tan alto é inefable. ¡Qué mas! ¡creerá Vm. si le digo que hay Concilio que hasta de esos Niños, que llamamos Infantillos, se acuerda por su bien y aprovechamiento? ¡y cómo no! ¡pobrecitos! no faltaba mas sino que dexándolos á su lado los padres para entregarlos á la Iglesia, no los tomase ésta de su cuenta, y no los asegurase una buena educación. Vm. verá en un Concilio, que si mal no me acuerdo es el de Bourges, qué tal quiere que sea para ti, y para los Niños el Maestro que se les enseñe: cómo les debe cuidar y tratar, huyendo de los dos extremos de rigor, y demasiada blandura, cómo les ha de honrar sentándolos á su mesa y comiendo con ellos con todo amor y cariño. Pero volviendo á lo principal de lo que ibamos tratando, quiero que Vm. me oiga las palabras del primer Concilio que celebró en Milán aquel su grande Arzobispo S. Carlos Borromeo: En los Oficios Divinos, dice, ni en las Iglesias por decirlo de una vez, no se usen de cánticos ni voces profanas, ni salutes, ni gozgos, por ser mas voces oprimidas á la garganta, que articuladas ó pronunciadas en la boca: vaya lo fues de tal lugar toda manera de cantar lativo, sean los cantos y sonidos graves, pios, distinguidos y acomodados á la Casa de Dios, de suerte que los oyentes perciban el sentido de las palabras, y se crucen á piedad: El sentido de las palabras, Señor Maestro, de las palabras: nótele Vm.

bien, porque como dice San Agustín, estas palabras santas son la vida y como el alma de las voces en que están envueltas; y pues he dicho aquí esta sentencia muy digna de considerarse de este gran Padre de la Iglesia, me parece á mí que debería quedarme con algún escrúpulo, si no os leyese todo lo que se sigue en el mismo Capítulo, que es el 33. del Libro X. de sus Confesiones: Ahora (dice) quando se cantan con suave y artificiosa voz vuestras palabras santas que son la vida, &c. yo confieso que algún tanto desvío, no de manera (notelo bien, Maestro) que se pague mi espíritu, mas que se pueda levantar quando quisiere. Verdad es que quando estas voces acompañadas con las sentencias (que como dixé) les dan vida, vienen á mí, y buscan en mi corazón algún honrado lugar; apenas (dición) se lo doy conveniente; porque algunas veces me parece que aquellas santas palabras mueven mas nuestros corazones y los encienden en el amor divino quando se cantan con aquella suavidad, que quando se cantan sin ella; y que todos nuestros afectos tienen sus propios modos, y correspondencias con la voz y con el canto, con cuyas no se que oculta propiedad se mueven y despiertan. De donde se ve (oyga, y medita bien esto, Maestro) que doy mas honra al sonido de las voces de lo que debería. Pero el deleite de mi carne (muchísima atención) á la qual no se debe entregar el alma para que la debilite y enflaquezca, muchas veces me engaña; quando el sentido no sigue á la razón contentándose con el poner lugar, antes siendo admitido por causa de ella, procura ir adelante como guía, y así poco en estas cosas sin sentido (temamos nosotros, Maestro) aunque despues lo conozco. Otras veces, prosigue el Santo, por guardarme demasiado de este engaño, pido al otro extremo, y yerro con gran temeridad, y algunas veces tanto que quisiera quitar de mis oídos, y aun de toda la Iglesia la melodía y suavidad de la Música con que quotidianamente se cantan en ella los Salmos de David,

y me parece mas segued lo que muchas veces he oído decir de Atanasio Obispo de Alexandria, el qual mandaba cantar los Salmos con tan baxa voz que mas parecia que le leían, que no que lo cantaban. Pero quando me acuerdo de aquellas lágrimas que yo derramé oyendo los cánticos de nuestra Iglesia en el principio de mi fe, y que aun ahora me vienen no con el canto, sino con las cosas que se cantan con llana, suave y conveniente voz, entiendo que es muy provechosa esta costumbre de la Santa Iglesia (note Vm. aquí, Maestro, quando prudentes se mostraron nuestros Obispos Españoles en el Concilio de Trento persuadiendo á los demas á que no desterrasen del todo la Música de los Templos). Y ando, prosigue, entre dos aguas temiendo por una parte el peligro del deleite y experimentando por otra el provecho saludable del canto; y mas me inclino (aunque no doy definitiva sentencia) á aprobar la costumbre de cantar en la Iglesia, para que el animo flaco y enfermo, con el deleite de la música se levante á Dios y cruce en su amor. Aunque quando siento mezclarse mas con el canto que con las cosas que se cantan, confieso que peco (¿lo ois, Maestro?) y entónces mas quisiera no oír cantar. Y concluye: En entendiendo esto, llorad conmigo, y llorad por mi todos los que dentro de vuestras corazones de donde proceden las obras, hacéis alguna cosa buena, que los que no la hacéis, no os movéis por la que digo. A este punto dexando el libro sobre la mesa, vi que mi Maestro estaba con la cabeza caída sobre el pecho, y los ojos clavados en tierra, señalas todas de tener el animo suspenso, pero muy en breve como despertando de su embobamiento exclamó diciendo: no es posible, que mientras vivo, segun se me han grabado en el corazón, se me horren de la memoria estas dulcissimas palabras de este glorioso Santo. No dixo mas, y al punto se le saltaron de los ojos dos como hilos de apretadas lágrimas que sin darle tiempo á enxugarlas, le bastaron en

rostro y pecho. Hermosísimas, si he de decir la verdad, me parecieran las lágrimas de mi Maestro, y por gozar mas tiempo del placer que sentia en verlas derramar, el Cielo, le dixé, os cumplí ese santo deseo que vuestro enterpecido corazón merecía, pues ya veis quanto os va en ello por lo que aqui oido habeis de San Agustín: honrar, Maestro, proseguí, honrar en vuestras composiciones la palabra de Dios, y entonces la honraris, quando pongais toda cuidado en que vuestra Música sirva á la palabra de Dios, y no intenté hacer de señora, y dominarla, lo qual os sucediera (lo que Dios nunca permite) no solo si vuestra Música tuviera ese ayre profano de *Rondones* y *Tiranas*; que locura es imaginarlo! sino si quisierais hacer tanto del Maestro, que llegreis á presumir que á la dulce melodía de vuestros cantos aun los mas puros y honestos se les debe mas que á las santas palabras que se cantan la combocion de religiosos afectos; porque si San Agustín como lo habeis oido, humildemente confesó de si que *mucha vez le engañó el sentido, y que le hizo pecar sin sentirlo, porque procuraba irse delante de la razón como guía de ella, como no será culpable aquel Maestro que aun contentándose dentro de los precisos límites de la honestidad y pureza, no enviase al oído unos sonos tan dulcemente delicados, y de tan suave melodía, que sería un milagro, ó como milagro no suspenderme en ellos? No, Maestro, no; yo no quiero en la Casa de Dios esa delicadeza de Música que me encanta, sino que me excite á piedad y me dispierte, no esos sonos tan regalados y dulces, que por gozarles de lleno dicen que toda el alma se sale del interior, y se pone en el oído á escucharlos: al contrario quiero una Música que me dexé sussegada el alma, y como en un tanto reposo, y como bebiéndola á la santa palabra aquella provechosa vida que me dice San Agustín que tiene. Si por Dios, porque el*

que me arránque del corazón esta vida, esta palabra, me le dá la muerte; y los Músicos que tal hacen entiendan, ó yo me engaño, ó por decirlo mejor es engaño. San Agustín que no lo quiere creer, entienda vuelvo á decir que son unos homicidas aunque dulces de nuestras almas. Páreme aquí, y nos estuvimos los dos, mi Maestro y yo, callando por un breve rato, al cabo del qual dixé: no hay que dudar, Maestro, sino que el arte que profesais es de los mas peligrosos y arriesgados, y no porque os veais obligado por la santidad del lugar, y por el decreto del Santo Concilio de Trento, y un sin número de Concilios particulares á no usar Músicas de *Rondones*, *Tiranas* y *Boleros*, pues muy desalimado debe de ser el Maestro que tal haga; no, Señor, no está en esto el mayor peligro ó riesgo, sino en que aun quando useis una Música honesta, santa y pura, para que no nos echeis con ella un maldito cabo que nos engañe y haga pecar como le sucedió á San Agustín, debais mucho irros á la mano, y moderar la melodía quanto podais, venciendoos á vos mismo, quiero decir, este natural deseo que tenemos todos de lucirlo, y mostrarnos grandes Maestros. De todo lo qual claramente se colige quán ageno de toda verdad es que el Maestro hará lo que le dá la gana como qualquier hijo de vecino, y allá me las den todas. Y perdonad, Maestro de que contra vuestra primera intencion he dexado el lugar que me disteis de expectador, y me he puesto á vuestro lado y á vuestra defensa combatiéndome con este Señor de las Mazas: y así volvedlas á tomar si os parece, y vamos adelante. Hizolo así el Maestro, y leyóme tan de prisa y corriendo las Mazas VI. VII. VIII. y IX. que me obligó á preguntarle no sin alguna socarronería la causa de ello, y respondiome, que porque quando contentan gran cosas que se debian tragar sin mascar, segun la prudente receta que yo le habia dado, el dia antes

cedente. Bsta muy bien, le dixe, y me alegro que os aprovecheis de mis avisos: pero no me direis, de todas esas cosas que ahi se os dicen qual de ellas os ha costado mas de tragar? El que me llamo, me respondió, aprendiz *Intruso en la Música*. Y yo lo creo eso muy bien, le dixe, porque amigo

Qui velle ingenia cedere rarus erit
que dixo donosamente nuestro Marcial, pero adelante, Maestro, y no hacer caso, adelante, ¿en qué os deteneis? me detengo, fué la respuesta, y me detendré, y no hay que pensar en que pase un solo paso de aqui, porque aqui ha de detenerse, y aqui es donde ha de volver por su honor este aprendiz e intruso en la Música: y Vm. Vm. es la causa de ello, y no otro. Como yo! le dixe, si Señor, prosiguió, porque Vm. es el que con su preguntilla me lo ha hecho mascar. ¿Yo aprendiz? ¿Yo intruso? Ahora bien: ¿no soy un intruso y aprendiz? pues ese tan celebrado Maestro que le dé un tema el que quiera a este aprendiz, para que trabaje o componga sobre él; y luego este mismo pobrecón, aprendiz, e intruso le dará a Su Merced otro tema para que haga otro tanto, y allá nos veremos. Arrogante estais, Maestro, le dixe, ¿y donde ha de ser eso? en su casa, si quisiere ese Señor, o donde quiera, pero a vista el uno del otro, y de quantos quieran concurrir. ¿Qué mas puede desear? yo mismo haré patente mi ignorancia, y la pondré de manifesto. Pero ¿a que no viene en ello? ¿que no lo hace? él se guardará bien, Maestro, le dixe, muchas veces el soldado valiente y esforzado oye sin dexar el asiento, y con una sonrisa que mas es desprecio, las bravatas de los viveños; pero tanto se le viene a apurar que al fin se levanta, y muestra quien es. Ahora buena, me dixo, pues yo esperaré a que ese gran Maes-

trozo se levante, y muestre quien es; y no se hable mas. Pues ya con esto querrá Vm. pasar adelante. Digame ¿hay algo mas en esa Maza IX? Algo y mas que algo, me respondió, hay en esta nota. ¿De quien es? le pregunté, y diciéndome que de Perico; mire, Maestro, le dixe, ese Perico es un gran Perote, digno hijo de tal padre. ¿Y qué dice Perico? A lo qual el Maestro me respondió diciendome: pásceme á mi que quando el Autor llegó á este paso, de puro placer se le cayeron las Mazas de las manos, se tendió en el suelo, y así tendido disparó en muchas caraxadas. ¿Y por qué? porque en mis Avisos, dixo, digo así: *Quando se halla en su casa (el Maestro) sientase en el clave para desahogar su incesante estudio*. Y bien, Maestro, ¿qué hay que reir ahí? yo no lo sé, me dixo, lo cierto es que se rió, y mucho, y si no oyga Vm. lo que dice: *Que se sienta el Maestro en el clave segun se precia en el Aviso IX. no es de extrema necesidad, y sí lo demuestra Perico con innumerables exemplares de grandes Maestros, y en especial con el del inimado, á quien sin embargo de tratarle en su casa con mucha frecuencia, jamas lo encontró sentado en el clave, en alguna silla etc.* Ya, ya, basta, le dixe, Señor Maestro: dice Vm. bien que se ha reido, y á fe que no tuvo motivo para ello el Señor. alegre, porque el verbo *sentarse* con su preposicion en unas veces significa *sobre*, y otras no, y eso pende del nombre con quien se acompaña. *Sentarse* en el violín, guitarra, ó otro instrumento semejante es *sentarse sobre*, pero *sentarse* en el órgano, en el clave, clavicordio, y en otros tales, eso no; como ni *sentarse sobre* la esquina. Y como está bien dicho *sentarse en el clave*, estaria bien dicho si al que está así *sentado*, esto es, no *sobre*, como Perico lo entiendo, sino como se debe entender, y lo entienden otros que Perico y su Padre, digo que estaria muy bien dicho en Casti-

¿Pero si Vm. le mandara que se levantara del clavo, como está tambien muy bien dicho *levantarse* de la mesa, así que ni por lo uno ni por lo otro signifiquemos que se levanten de *sobre* la mesa; y note Vm. Maestro, como no tiene esto lugar en el violín ó guitarra, de modo que si Vm. dixera: levántose del violín Pedro, Perico, ó Pero-te, era dar á entender que habia estado sentado *sobre* el violín: y esto en algo consiste, pero es un algo que no lo entienden ni Perico, ni su Padre. ¿Dónde llegamos con nuestra jornada? á la

MAZA X.

me respondió. ¿Y cómo se le trata? le pregunté. Como suelen, me dijo, porque aquí me dicen que soy Músico de *escalera* abaxo, ó de *escalilla* arriba. Pues tépose como yo, le dije, las natices, porque eso de *escalilla* arriba hiede que apesta. ¿Qué mas hay? demonos prisa. Riese, me respondió, porque digo de los Currutacos que son gentes de ciencia infusa. ¿Y qué entiende Vm. le dije, por eso? ¿qué quiere que entendamos los demás? Qué son gentes, me respondió, de voto en todo, sin estudiar nada. Pues yo le digo, le dije, Maestro mio, que si no son gentes de voto, son de botas. Vamos á la otra

MAZA XI.

Leyóse la toda para sí el Maestro con muy baxa voz, pero con tan ayrado semblante que me obligó á decirle, ¿qué es eso, mi Maestro? parece que aprieta esa Maza? Preguntóme que por qué lo decía, y díxele que porque habia advertido en su rostro claras señales del mucho dolor que dentro sentía. ¿Y cómo no lo ha de sentir, me respondió, si este mal Español á trusco de llevar adelante su intencion, dice mal hasta de los mas grandes profesores de Música que ha tenido nuestra España? aun bien,

prosiguió, que no falta quien les haga justicia. Veá Vm. lo que dice la Maza. El Maestro (dice) expresa los *plac* sentimientos de la letra, y luego añade, que regularmente no habian expresarlos los antiguos, como aquellos que tomaban el tabaco por las hojas: Pues hay paciencia para oír esto? y para prueba de esta ignominia nos trae la autoridad de Bayso en el *passage de mors fatimat lucifera*, y deposita en debidamente. Buena prueba! ¿con que porque en Valencia hay un Escritor maza, ya todos son mazas? Oyga Vm. lo que sin embargo la autoridad de Feijoo canta en honor de nuestros antiguos Don Thomas Iriarte en su Poema la Música: déxeme busear la página, que creo es la 64: ella por ella: oyga Vm.

¡O cuánto sobresales

Antigua Iglesia Hispana!

No es ya mi canto, no quien te celebra,

Sino las mismas obras inmortales

De Patiño, Roldán, García, Yana,

De Guerrero, Victoria, Ruiz, Morales,

De Luter, San Juan, Duron, y Nebra.

Pues quiero que oyga tambien lo que dice en las advertencias, pag. 21. El Autor (dice) de este Poema ha creído sin pasión que los Españoles, Italianos, Franceses y Alemanes merecen elogios diferentes por haber sobresalido en diferentes ramos de la Ciencia Musical. España ha producido los mas sabios é ingeniosos Maestros de Música eclesiástica, de los quales se nombran algunos en el Canto III, pag. 64. y muchos mas podría citar si quisiera emprender escribir una historia de la Música Española. Y concluye: Por tan justos motivos se puede afirmar sin agraviar de ninguno de estos nuestros Nationes que corresponden una gloria por sus talentos, pero es muy señalada á España por su Música eclesiástica, á Italia por la del Teatro, á Alemania por la instrumental, y á

Francia por las *doctrinas* con que ha ilustrado la parte teórica y doctrinal del Arte. Pues, Señor mío, ¿qué le parece? ¿tomaban el rábano por las hojas, como nos quiere dar á entender este Escritor de mogiganga? Pues ahora oyga Vm. á Perico: dice que *solo al acordarse de un Miserere*: un *Tibi soli peccavi* que compuso su Maestro su corazón se conmueve. Envidia le tengo ya á ese Perico, mi Maestro: ¿se conmueve? ¿y solo al acordarse? ¡Jesús! ¿y qué alma tan dichosa! ¿lo juzga Vm. así, Maestro? Lo que yo juzgo y digo, me respondió, es que no se atreverá ese tan decantado Maestro á presentarme el borrador de ese *Miserere*; no, tengo por cierto que no se atreverá. Maestro mío, le dije, Vm. me parece que siempre está tocando al arma. Toque ó no toque, me dijo, lo cierto es que si pongo en manos de este aprendiz el tal *Miserere*, le haré ver á Perico mal que le pese muchos defectos que tiene el *Tibi soli peccavi*, que á él tanto le conmueve. Y lo mismo dice que le pasa con las expresiones de unos Villancicos, como la de

¡Ah! suspende, buen Dios, el amago:
no perezca, &c.

una Aria:

Qual torrente, que crece espumoso,
y ya arranca, &c.

un Quatro:

Al mirar al caro Niño,
palpiar, &c.

Lo mismo le pasa, Maestro? ¡Qué buena alma! Pues yo sé, prosiguió el Maestro, y lo sé para probarlo siempre que quieran (pero ahí no querrán) Perico y su gran Maestro, digo que si que todo eso tan fino y tan delicado es á la letra tomado, copiado y trasladado del *Quatro* de la Címbra de la Ópera la *Dama Caprichosa*. ¡Jesús! ¿qué

me dice, Maestro! El Villancico quarto del Minuete de la Sinfonía de Hayden, Obra 51. También haré ver que allí, digo, en todas estas expresiones está la *Tirana* de Moretti.... ¡Hombre que me dice! ¡la Tirana! La Tirana, si Señor, la Tirana, y el Minuete de la Sinfonía Peridique de Adalberto Gyroivets, y la Sinfonía de Bager, y un Trio de Hayden de la Ópera la *Nina*.... ¡La Nina! Maestro ¡la Nina! como soy que para aprendiz é intruso en la Música ha visto Vm. mucho: ¿y tomado ó copiado á la letra, Maestro? A la letra, me respondió; y prosiguiendo dijo: ¿se acuerda Vm. que allí atrás me dijo el de las Mazas que *al bien imitar llamo zureir*? Pues esta es su buena imitación, que para este lugar lo aguardaba; y ahora lo digo y lo diré, y estoy pronto á probarlo siempre que ese tan sabio Señor se digné publicar sus borradores. Sino es así como digo, logrado han la suya, digo que será reputado por aprendiz é intruso: en sus mismas manos me pongo; pero ¿qué va que las manos muertas, y desatada la lengua? y más haré ver, que ni habilidad tiene para zureir. Pues si tanto confía Vm. riase de quantos le vituperen, y adelante mi Maestro, y

MAZA XII.

dijo, y leyó de ella, dexando lo que le pareció impertinente, lo que se sigue. De este principio se deduce que el Maestro que fuere segun hacia aquí se ha propuesto, será incapaz de introducir sea en el Teatro, ó sea en el Templo tonos impropios para expresar los sentimientos de la naturaleza que ha tomado por asunto, y fundado en el mismo se valdrá de aquellos que aunque mas conducentes, aunque por casualidad se hallen confundidos en una Contradanza, Tirana, Polaca, ó si se quiere en una Xácará.... Eso no; vive Dios! Maestro mío, eso no, exclamé al oír esto sin poderme contener, y aquí del Decreto del Santo Concilio de Trento, y de tantos Concilios particulares como sobre ello hay, Contradanzas, Tiranas, Polacas, y aun Xácaras en la Ca-

sa de Dios! Pues ¿qué mas se hace en las casas de Sabinas! ¿Qué dice Vm. Maestro? Digo, me dixo, que dice Vm. muy bien, y que se lamenta con mucha razon; y no habiéndome mas palabra, y quedándome yo suspendido un rato, al fin me levanté, salí a mi Biblioteca, y volviéndome a entrar con un librito en la mano, oyga Vm. Maestro: le dixe: *En los cantos sagrados no se debe procurar la imitación como en la Música teatral, ni deben representar el tumulto de las pasiones humanas, si solo la Magisterial de aquel á quien se dirigen, y el sosiego ó tranquilidad del alma de los que los cantan. Es necesario caer, no digo de piedad, sino de todo gusto para preferir en la Iglesia la Música al canto llano. ¿Y quién es ese Autor? me preguntó al instante: este, le dixe, fué un gran Músico, aunque muy impio: es Rusó. ¿Y con ser tan impio, me replicó, habló así de la Música eclesiástica? pues oyga ahora otro autor de mucha piedad. ¿Quién? le dixe, y díxome que Don Tomas Triarte. Si tuvo, le dixe, piedad en el corazón, y mucha dulzura en su lengua. ¿Qué Poeta, amigo, que Poeta? y que suavemente canta! pero ¿qué digo canta? ¡ah! no; cantó, cantó, que por lo mismo que ya no canta, andan llorosas las Musas sin haber medio de consolarlas. Pero en fin dígame lo que cantó, que gustaré de oírlo.*

Y aun tal vez ayudado del Poeta

Que inventa letras en vulgar idioma

La libertad el Músico se toma

De amenizar algun sagrado asunto

Con ingenioso y vario contrapunto;

E introduce en el Templo

Cantadas, Villancicos, y Oratorios,

Cuyo diversos géneros contemplo

Como al canto eclesiástico decoro;

Pues aunque en el por gala se permiten

Siempre el estilo teatral imitan.

¡Valgame Dios! le dixe, ¡ha visto Vm. Maestro, igual dulzura? vengan acá esos versos que quise... (dímelos) besarlos... (besélos) que lo mismo hiciera, si pudiera, con sus ya frias cenizas. Pero dígame, Maestro, prosigui, porque aunque no dudo de la verdad de ese último verso

Siempre el estilo teatral imitan.

quiero por solo mi gusto oírle á Vm. Es tanta verdad, me respondió, que Pergolesi, Hayden y otros excelentes Músicos de Operas, en las obras que han trabajado para la Iglesia han procurado y sabido tomar el ayre magisterioso y grave, y dexar el otro halagüeño y tan expresivo que usaban en las Operas. De modo, le dixe, que allí no hay Contadanzas, Tiranas, Polacas, y aun Xabaras! ¿Qué ha de haber! me respondió, ni por semejas. Si este Maestro tan celebrado, ya que quiere contarse entre los Pergolesis, Haydenes, &c. les imitara en esta parte, ya fuera el primero en celebrarlo; pero que no los imite, sino que evite de estos tan famosos Músicos lo que ellos trabajaron para las Operas, es cosa que... Basta, Maestro, ¡hay por ahí otra cosita! un *Libera me Domine*, que dice Perico que es cosa grande; y que se persuada como otras muchachos que una Misión no hubiera tenido mas poder para acordarle el terrible día del Juicio universal. Maestro, le dixe, este Perico es extremado: ¡aquí sí que se debió conmovér! Dígame, Señor Maestro, ¿dicese por ahí que se desmayó Perico, y que le sacaron en brazos de la Iglesia? ¿ó qué se dice? Nada se dice, me respondió, porque la risa que causa á todos este dicho de Perico, no les dexa decir palabra; pues adelante.

MAZA XIII.

Dice que el Maestro nada trastorna: ¡no es trastornar poder hacer que un Tisor suba la voz á los extremos del Contralto! y que el Contralto suba á los del Tisor, y de

mas á mas mandar que se raña medio punto mas alto de lo que pinta la Música? Dice: *que algunas composiciones sean altas es un pecado que comitieron Pergolesi, Hayden y otros pobres hombres; no hay tal: estos sabios hombres compusieron para los Teatros de Italia, donde hay muchos Eunucos; y de éstos se valian para sus obras, haciendo que el Eunuco que tenia la voz aguda cantara la parte del Contralto, y la del Tiple el que tenia la voz sobreaguda.*

MAZA XLV.

Dice que el Maestro quando compone un quatro coloca cada voz en su lugar. ¿Qué dice Vm. Maestro?... que no... pues él dice que si... pues yo digo que no... esa es mala razon... no es mejor la de la Maza, de modo que si á síes y nones va, tampoco me ha de ganar. Pues adelante. Dice, prosiguió el Maestro, que usa (el Maestrazo) de los puestos de quinta, sexta, séptima, &c. voz siempre que le dá la gana (verdad es) y mejor le parece (quando mejor le parece, las coloca muy mal), pues sobre que (según dice el Dominé (ese soy yo) aunque sin pensarlo) (pensado y repensado que lo tenía, quando lo díxe) en sonando bien, adelante (en sonándole bien al del nuevo cuño, que es lo mismo que sonar muy mal); así lo han hecho otros de mejores narices que Su Merced (las que tengo me bastan para lo que no le tiene cuenta al Maestro), como el citado Pergolesi en el principio de su inmemorial Stabat (no hay tal cosa): eso es no entender el arte que hay en ese principio: y yo, yo, aunque aprendiz se lo diré.

MAZA XLV.

Aquí en la nota de esta Maza aparece muy enfadado Perico. ¿Y por qué, Maestro? Habla de un Magnificat que compuso su Maestro. Pues antes debía estar muy contento, Maestro mio: dígame ¿no dice que vió, ó le pareció ver á la Santísima Virgen quando oyó ese Magnificat? No dice tal... pues yo creí, Maestro, que como el Libe-

ra me Domini le representó tan al vivo el día del Juicio universal, así le hubiera representado la Virgen el Magnificat. Pero ¿qué dice? Que en él puede verse el arte con que le compuso á trece voces, y las unió al *arruffanti spiritus meus, facit potentiam, &c. displicuit superbis, &c.* ¿Y el arte no le señala? Eso no: dico que puede verse. ¡Ah! Maestro, si Vm. lo pudiera ver... difícil es; pero no importa, que á mí me basta haberle oído: ¿y qué tal, Maestro? Está tan contra todo arte, que no se lo puedo ponderar: no le digo mas, sino que unos cantaban *de ponnit* y otros salian con *Magnificat, facit potentiam*, de modo que tal confusion en mi vida la he oído. A buen seguro que no compusieron así no solo los de las *cazas atacadas*, pero ni Pergolesi, ¿lo oye Vm? ni Pergolesi. Pero el Maestro que haga lo que le dé la gana.

MAZA XLVI.

El Maestro siempre que le parece conforme procura unisonar todas las voces á *insumuntur*, por ser cosa que brilla mucho, &c. ¡Bien!

MAZA XLVII.

El Maestro no solo oíelos en tono á los actores (querrá decir cantores: ¿pero quando?... pero que sabe entonar y á las mil maravillas... quién le ha oído?... á muchísimos desentonados... hasta ahora ni á uno... siempre está con los may vivos desos de entonar hasta á los Maestros examinados segun el estilo de antaño... uno de esos soy yo: pues si tanto lo desee, que me dé día y hora, que yo iré allí á recibir esa obra de caridad... pues ve si desentonan á muchos. Si, si por Dios, yo iré, y me pondrá en tono.

MAZA XLVIII.

El Maestro de nuevo cuba (digo respondiendo á la Maza) hará bien en recoger algunos papeles en que acostumbran examinar á los Maestros, por la razon que digo en mi Axi-

[30]
so, y lo diré, y rediré porque yo sé lo que me diga; y también diré en que acostumbran examinar, porque esta debe ser otra como la de sentarse en el clavo. Si, Señor, se examina de Música ó en papeles, ó libros, &c.

MAZA XIX.

Digo que no solo por el bien parecer ó por razón de estado como dicen otros debía el Maestro hacer cantar obras de sus inmediatos antecesores, sino porque son muy buenas, y muy á propósito para la Iglesia, lo que no tienen las del de nuevo cuño.

MAZA XX.

Dice la Maza que el Maestro hace muy bien en guardar los horradoras encerraditas en sus papeleras para evitar que los ensucien moscas ó moscardones (no es por eso, porque las moscas van tras la miel, ó cosa semejante) pero si alguna vez, quisiera manifestárselas á algun sugeto (aunque fuese de la mayor inteligencia) lo hará sin reparar ninguno (menos á este aprendiz), y sin que haya miedo de que digan: esto es de tal Terzeto, estrofo de tal Cuarteto, &c. Traslado á lo dicho á la Maza XI.

MAZA XXI.

Esta Maza habla mucho y no dice nada: pero á lo que dice Perico que en cierta ocasión oyó una excelente Misa, y primoroso *Te Deum*, digo, que también lo oí yo, y cierto que el ayre jocoso que le dió el Maestro al verso *Te ergo quiescimus*, &c. quando todo el Clero se postra de rodillas, y baxa la cabeza, no solo fué primoroso, sino primoroso.

MAZA XXII.

Esta Maza es como la antecedente, léala quien quiera, que yo no quiero, y lo verá.

MAZA XXIII.

Aquí me dice que su Maestro no es *Cureutaco*, pero que

[31]
con licencia mía será *limpio y aillado*; y ya que me pide mi parecer, digo que *limpio* sí, muy enhorabuena, pero que *aillado* no. Dice mas, que imiten á *Diogenes* en lo toso y de *aillado* los que no son capaces de imitarlo en lo sabio. En lo primero no quiero, y en lo segundo no puedo. Ni querer debe Vm. Maestro, le dije, imitarlo en lo sabio, si quiere seguir antes el consejo de S. Juan Chrisóstomo *, que el de la Maza. ¿Cómo si quiero?

MAZA XXIV.

¿Con qué el Maestro no despreciará la buena Música de *ficisto*, pero la tendrá en el concepto que se merece, y no mas? y la dificultad que en ella se supone es para el Maestro como la que pueda tener en componer décimas el que haya llegado á la sublimidad del Poema Epico? ¿ó en hacer primeras de activa el que escribe Odas latinas? Vaya que lo entienda bien el Maestro, puntualmente es al revés de lo que dice, y sino que lo pruebe.

MAZA XXV.

Enhorabuena, jure quanto quiera el Maestro, y como quiera: allá se lo haya, y con su pan se lo coma.

MAZA XXVI.

En fin, Señor de las Mazas, dígame Vm. que si algun Músico rancio censura las obras de su Maestro, debe presentarles batalla; pues yo soy de los rancios, y de los que las censuran. No se hable mas, y vamos al desafío. Ese gran Maestrado sabio por sus quatro lides, y yo que soy un aprendiz trabajaremos á vista el uno del otro, el tema que mutuamente nos diéremos: además de lo dicho se abrirá á la suerte, un Autor de Música que la trate ó en Latin ó en Español, y del punto que salga leare de repente una hora, y responderé á dos argumentos que me propondrá el Maestro, y este despues hará otro tanto: pero por Dios

Lib. in S. Babylon cont. Jul. & Gent.



que no sea esto darme papilla como á los niños; mira que no soy tan cándido, ni tan bienaventurado como Vm. piensa. Y sin duda que este es el mejor modo de ponernos en paz, porque quedando yo vencido y corrido como es regular; baxaré mi cabeza, y encogiendo los hombros, me iré callandico, y así viviré sin ya jamas chistar. ¿Cómo es posible! Los Censores serán los que esa Señor quiera. ¿Puedo por mi parte hacer mas? Solo le pido, y no me parece que en esto voy contra lo que debo, que no elija por Censores ni á Vm. ni á su Perico, porque entrambos le son muy apasionados, y esto es público y notorio en toda la Ciudad. ¡Valgame Dios! ¡si llegará este día! Yo soy de este genio; no hay pensar que me dé por vencido, sino pruebo mis fuerzas. Si, si, lo mejor es que las probemos ese Señor tan sabio, y yo que no lo soy. Es verdad que el vencimiento no le será muy glorioso, pero... Basta, basta, Señor Maestro, que se hace tarde, y quiero irme á pasear: ¿hay mas Mazas? No las hay, porque aqui en el desafío dieron fin, y yo comencé á respirar... Vaya pues hasta que hagamos otra jornada... No, Señor, no quiero mas jornadas, porque se gasta en ellas el tiempo y el dinero, y uno y otro me hace falta. ¿Y vendrá Vm. al desafío? Si irá. Pues allí estará el de las Mazas, y allí se pueden tratar; y á fe que él lo desea mucho... no tiene porque... ¿qué sabemos? él dice que lo desea para disfrutar mas de cerca de su fina instruccion... instruccion poca ó ninguna tengo, pero quizá si me tratas, presumiera ménos, y valdria mas. Con esto se fué mi Maestro, sin acordárselo de preguntarme quién de los dos, el de las Mazas, ó él, ora el que llevaba el gato al agua. De lo qual me alegré mucho, porque, Lector carisimo, este juicio, y el pronunciar la sentencia, le toca de derecho á Vm. y á nosotros ojala con sumision y respeto.

Con las licencias necesarias. Valeneta. Por Miguel Estevan,

sempre, 56 - pja vig
R. 90697